

# Primo Levi y la razón anamnética<sup>1</sup>

Marta Tafalla

Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Filosofia  
08193 Bellaterra (Barcelona). Spain

---

## Resumen

Sumándose a la convicción propia del pensamiento judío de que la única facultad capaz de sostener satisfactoriamente una ética es la memoria, en una superación del dualismo entre la ética racional y las éticas de la compasión o la simpatía, la autora evoca la obra literaria de Primo Levi, dedicada a rescatar la memoria de las víctimas del Holocausto, y analiza las complejas y lúcidas estrategias narrativas con que consigue recuperar las historias individuales eliminadas por el totalitarismo.

**Palabras clave:** Levi, ética, Holocausto, memoria, narración.

---

## Abstract

The author adheres to the conviction of the Jewish thought, that the only faculty able to support an ethics satisfactorily is the memory, which overcomes the dualism between a rational ethics and an ethics of compassion or sympathy, and evokes the Primo Levi's literary work, dedicated to save the memory of the Holocaust's victims, and analyzes the complex and brilliant narrative strategies which Levi uses to recuperate the individual stories eliminated by the totalitarianism.

**Key words:** Levi, ethics, Holocaust, memory, narration.

---

## I

Mi propósito es hablarles de Primo Levi y especialmente de su primera novela *Si esto es un hombre*; y aunque ésta es una ponencia sobre la obra literaria de un escritor, el motivo de mi análisis se remonta a la ética, a esa reflexión moral a la que nuestro tiempo ha otorgado una extraña lucidez, por su mero ser posterior a los totalitarismos de nuestro siglo y a la paradigmática encarnación del mal que es el holocausto, que un día concebimos como el punto de inflexión

1. Este texto fue escrito durante un período de investigación en la universidad de Freiburg, realizado gracias a una bolsa de viaje concedida por la Generalitat de Catalunya, como complemento de una beca de Formación de Personal Investigador inscrita al proyecto subvencionado por la DGICYT PB 94-0716.

de la historia y ahora nos sume en el estupor de verlo resonar como un eco en tantos otros genocidios. Una ética que se conciba como posterior a todo ello habrá de renunciar a erigirse en la contemplación de eternos ideales del bien, y repensarse y reconstruirse desde el principio, esta vez sin apartar la mirada de la historia y de la realidad del mal.

Adorno es uno de los autores que ha declarado a la filosofía incapaz de describir la bondad o la justicia plenas, llegando a prohibirle el intento, mientras le ponía como deber conocer y recordar permanentemente el mal que ya es pasado, justamente para no haber de reencontrarlo en el futuro. Así, propuso modificar el imperativo categórico de Kant; si la razón práctica quiere abrir un futuro distinto debe descender de una posición atemporal y hacerse memoria<sup>2</sup>, que como tal halla su expresión más significativa en el recuerdo del más ingente proyecto de olvido jamás llevado a cabo.

Pero hay que esclarecer que recordar no es un vano consuelo ante el fracaso, cuando ya no cabe nada más, ni tampoco una pasiva documentación histórica, porque los más precisos archivos de datos eran obra de los planificadores de la muerte. Es memoria como reconstrucción continua del pasado, como capacidad de extraer de la masa informe de los muertos las individualidades y las historias, como advertencia de que es a costa de todos los otros proyectos sesgados que parece la historia una línea única y recta de progreso.

Diversos filósofos, escritores y ensayistas coinciden en la exigencia de una racionalidad nutrida de memoria que han venido a llamar *razón anamnética*, abriendo una nueva perspectiva que no es éste el lugar de desglosar en todas sus variantes, pero que será el trasfondo de esta reflexión, que concentrándose en uno de sus elementos nos conduce al ámbito de la literatura; porque la exigencia de construir desde el recuerdo lo que en su día fue olvidado ha significado para algunos autores el deber de la narración<sup>3</sup>. Un deber que en cuanto es ejercido se descubre asimismo como derecho, tal vez lo único que permite a los supervivientes tomar distancia del dolor y superarlo sin apartar la mirada de él.

Mi propósito es realizar un breve análisis de uno de los autores que consiguió extraer de un dolor vivido como inconmensurable las líneas de una narración que permitieran recordarlo, conocerlo y vencerlo.

2. ADORNO, T.W. *Dialéctica Negativa*, Madrid, Taurus, 1989, p. 365.
3. La reflexión sobre la obra de los poetas y narradores del holocausto ha aumentado de tal manera entre escritores y filósofos en los últimos años que es ya inabarcable. Sirvan a modo de orientación (inevitadamente parcial) sobre el trabajo que se lleva a cabo en Alemania tres obras colectivas:  
 MOSLER, P. (Hrsg) *Schreiben nach Auschwitz*, Colonia, Bund-Verlag, 1989, resultado del congreso del mismo título celebrado en Frankfurt/Main en 1988.  
 KÖPPEN, M. (Hrsg) *Kunst und Literatur nach Auschwitz*, Berlín, Erich Schmidt, 1993, que recoge las participaciones en el Kolloquium que tuvo lugar un año antes en la Freie Universität Berlín.  
 KIEDAISCH, P. (Hrsg) *Lyrik nach Auschwitz*, Stuttgart, Reclam, 1995, una buena antología de textos, nacida al amparo del proyecto de investigación de la Universidad de Heidelberg: «Die Darstellung des Nationalsozialismus in der deutschsprachigen Literatur».

## II

Nacido en 1919 en Turín, Primo Levi, un doctor en química de origen judío, fue miembro de la resistencia durante la segunda guerra mundial y finalmente capturado y deportado a Auschwitz. Cuando, un año después, el campo fue liberado por las tropas aliadas, haber sobrevivido significó para Levi haber de satisfacer una *demanda de testimonio* que llegaba de todas partes, y así tener que tomar el mal, convertirlo en informe y entregarlo a los aliados, darle forma de noticia y trasmitirlo a los familiares de los muertos, y finalmente hacerlo respuesta a la inquietud de los suyos. Ya había mostrado el mal bajo muchas formas, cuando tiempo después, de nuevo en Turín y con un trabajo como químico, la literatura se convirtió en su expresión definitiva.

Y sin embargo, el primer requisito que hace posible la narración, la distancia respecto de lo narrado, no era algo que viniere dado, sino que él mismo debía abrirla, y sólo ser capaz de ello es ya la primera victoria.

Un sistema totalitario no tolera ser descrito, que alguien levante la cabeza de la existencia que se le impone para narrarlo, y con el fin de impedirlo pretende una realidad tan compacta y sin fisuras, que es prácticamente imposible retroceder y tomar distancia de lo dado para hablar de ello. Si nos conformamos con considerar que la mínima distancia que necesita el narrador respecto de su objeto es la que ocupa *el papel como espacio todavía libre*, admitiremos que en una estricta coherencia, el modo más efectivo de impedir que en tal realidad quepa el papel, es convertirlos a ellos mismos en la única superficie donde escribir y grabarles en la piel el texto definitivo de la condena.

Es debajo de la piel donde lleva Levi escrita la memoria a la cual otros quisieron reducirlo, y que no es una historia, sino el número de su turno en el ordenado proceso del exterminio. En la muerte planificada no habrá lugar para las lápidas, donde grabamos por última vez y para siempre el nombre dado al nacer por los padres, para que sea imborrable escritura de piedra mientras bajo ella se deshace el cuerpo. Pero en las fosas comunes donde los cadáveres se amontonan irreconocibles, sin recuerdo de quien son quedan identificados para siempre, y sin embargo con un número donde sólo se lee el momento de ingreso en la fábrica del olvido.

Contra el final que le han escrito en la carne y contra el que no le habrían grabado en la piedra, Levi vierte en el soporte más frágil del papel la memoria que día a día arranca. Escritura contra el olvido y contra la escritura, debe escribir, porque a él ya han logrado escribirlo. Kafka nos había horrorizado inventando un mecanismo de ejecución consistente en convertir la letra en herida sobre la piel de los condenados, y matarlos así al nombrar su culpa sobre su cuerpo<sup>4</sup>. De la crueldad poética a la crueldad burocrática; cuando en el nazismo los condenados no son culpables de nada, la maquinaria se limita a escribirles el número que los ordena. Contra ello, Levi ha de salvar la escritura, su

4. KAFKA, F. *En la colonia penitenciaria*, Obras Completas, Barcelona, Edicomunicación, 1987, volumen II.

escritura, para salvarse a sí mismo. *Dejar de ser el papel para devenir el narrador*. Dejar de ser mera materia que otros graban para ser él quien le done la forma a ese horror que pretende negar la suya, disolviéndolo en una masa informe condenada a la esclavitud y a la muerte.

Lo que Levi se propone es una ingente tarea. En *Si esto es un hombre*<sup>5</sup>, la primera de sus novelas, no se limita su intención a exigir de la humanidad el recuerdo de los muertos; sino que pretende sobretodo salvar del olvido un tiempo que se constituía a sí mismo como olvido del tiempo, extraer con la narración las líneas de las historias que el totalitarismo de los campos de concentración ansiaba destruir hasta hacer irreconocibles y por ello mismo irre recuperables. Y es que el dolor que se inflige en los campos es tan brutal que consigue establecer una nueva naturaleza del tiempo.

Adorno y Horkheimer habían denunciado que la aparente estructura de progreso de la historia, en realidad contradictoria y apuntando desde el principio al fracaso, consistía en asumir cierto dolor en el presente como medio para un fin que era su ausencia en el futuro. Un cierto sacrificio en el presente, que no era sino el dominio y la explotación de la naturaleza, tanto de la exterior como de la que vive en nosotros mismos, abría para el futuro la esperanza de unas mejores condiciones de vida<sup>6</sup>.

Sin embargo, en tal magnitud aumenta el dolor que la historia provoca y justifica, que finalmente se desprende de ella, se libera de toda dependencia de una finalidad exterior a sí mismo y forja él solo una totalidad de sentido que ya no apunta a su superación. De medio pasa a ser fin. Deja de servir al futuro para instaurar un presente cerrado y hacerse absoluto. Si la historia admitió el dominio como motor del progreso, finalmente el dominio anula la historia. Muchos habían soñado su final e incluso un tiempo posterior como eternidad, el nazismo la impuso como infierno.

Mientras la existencia del dolor podía contemplarse como medio para un fin, y por tanto se lo ubicaba como obstáculo, prueba a vencer, se lo entendía como limitado y superable, algo contra lo que luchar y que poder derrotar, y así reforzaba él mismo la temporalidad, era casi motor del cambio como lo es en la naturaleza. Y de esta manera, por cruel e injusto que fuese, a quien lo sufría le quedaba una estrategia: incorporarlo como un elemento más de su historia al narrarla *permitía superarlo*, una estrategia que en cambio parece fracasar ante el dolor del campo de concentración, que se ha establecido de tal modo que *detiene el tiempo*. Única vía por la cual puede irrumpir la diferencia, cuando el tiempo se estanca en la identidad que el dolor absoluto construye, ya no resulta posible la más mínima formación de una historia individual.

Tal como quedaban confinados sin comunicación con el mundo, a los prisioneros se los aislaba también de un tiempo exterior, de sus propios pasados y futuros, donde ya no se reconocían. Hubieron de olvidar quiénes habían sido

5. LEVI, P. *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik, 1987.

6. ADORNO, T.W. y HORKHEIMER, M. *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 1994.  
HORKHEIMER, M. *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires, Sur, 1973.

cuando eran libres, a la vez que dejar de creer en un futuro que no fuese el inmediato, que se arrastraba a dos palmos de ellos en el ritmo con que lo empujaban en el sobrevivir cotidiano, porque les resultaba impensable desde el nuevo sentido que determinaba la realidad. El esfuerzo de comprender el funcionamiento del campo exigía como condición primera negar la vida anterior o la posibilidad del futuro, porque no podía convivir en la conciencia con otro sentido como recuerdo o como esperanza; Levi encuentra la mejor expresión cuando dice que el sentido de aquella existencia era *intraducible a cualquier otra*, convencido que si hubiera durado más años habría forjado una lengua nueva, porque las palabras no podían acoger a la vez la realidad de la libertad y la esclavitud.

Lo único que consiguió desplazar de su conciencia el mal del campo fue la aparición de otro mal que se revelaba como más fundamental. Cuando Levi pasa el invierno enfermo, es *la naturaleza* quien se ha infiltrado en Auschwitz, aunque sólo sea en su cuerpo y como dolor. Y mientras los escasos gestos de bondad de algún compañero no lo lograban, el mal que le impide levantarse de la cama es quien evoca el recuerdo de la vida en libertad.

La perspectiva inversa, recordar el campo *desde la libertad posterior*, integrar aquella experiencia en la propia historia es lo más difícil, y cuando Levi escribe su primera novela, *Si esto es un hombre*, el relato comienza y acaba con el encarcelamiento y la liberación, en el relato no hay más que Auschwitz, cuyos límites no se perciben. Asimismo, el final de la novela *La tregua*<sup>7</sup>, que recoge el largo viaje de retorno a casa, es un recuerdo del campo que amenaza con tragarse su vida entera convertida en un sueño soñado desde la única realidad verdadera que es el campo de concentración, del que ya no hay salida una vez se ha estado dentro. Será años después, en *El sistema periódico*<sup>8</sup>, donde conseguirá narrar su autobiografía e integrar ese tiempo como un capítulo más, ponerle límites al mal, y darle a una historia uno de los finales más magníficos que se han escrito nunca, donde vuelve a recuperar su lugar como individuo dentro de un mundo rebosante de diferencia y pluralidad y de millones de historias por narrar.

### III

Dentro de ese dolor que los encierra, cuando su pensamiento no puede hallar otro objeto que con la diferencia le ayude a abrir distancia, los dos pasos hacia atrás dados para observar crean la mínima perspectiva con que consigue hacer el presente objeto. Levi se erige en cronista de aquella cotidianidad con una exactitud y una caza del último detalle que es en parte fruto de la inesperada lucidez con que conserva el equilibrio tanteando entre las contradictorias normas del campo, y en parte fruto de la ansiedad de la miseria que recoge la última miga que se escurre de las manos.

7. LEVI, P. *La tregua*, Barcelona, Muchnik, 1988.

8. LEVI, P. *El sistema periódico*, Madrid, Alianza, 1988.

Levi se concentra en poner por escrito el día a día de un presente al que la mayoría sólo sobrevive unas semanas. La crueldad es insoportable en un grado tal, que la inalterabilidad de aquel tiempo que no conduce a ninguna parte se mantiene justamente *en el flujo constante* de prisioneros que llegan y prisioneros que mueren. El presente se libera de la interrupción que la muerte comporta con la ilusión de permanencia que la sustitución genera<sup>9</sup>. Pluralidad ya no quiere decir diferencia, sino abundancia de lo mismo, lista de espera y piezas de recambio de las que disponer. Y no hay manera más efectiva que la imposición de la sustitución para dar solidez a una estructura totalitaria. Así se anulan los límites entre los individuos, que los distinguen y les dan identidad. Y tanto impide que se constituya el individuo como que se forme el verdadero grupo, la comunidad; cuando la relación entre los individuos es que se reemplacen unos a otros, que lleguen a encontrarse es imposible, como tampoco que dejen memoria, porque lo que queda ya no son ellos, que ellos desaparezcan es el precio de lo que permanece.

Cuando de tal fluir constante se empeña Levi en rescatar el perfil de los que le eran próximos, sabe que no narra las historias de hombres a los que ve morir, sino que muestra como en el esfuerzo, ya no de sobrevivir sino meramente de extender la vida por un tiempo idéntico, están perdiendo su historia. Donde no hay más que un presente interminable, estar presente se convierte en el único valor. Mantenerse en él es la finalidad constante cuando no se puede soñar con escapar, y todo se ordena a su servicio: *el deber ser se reduce a ser*, a permanecer. Todo se arrastra pegado a la existencia, sin la mínima distancia que permita ya juzgar ni valorar, distinguir entre hombres buenos o malos, felices o infelices. La única distinción que cuenta es la que existe entre los que se salvan y los que se hunden, los que se mantienen presentes y los que mueren y son olvidados. Sólo queda la ontología. Dentro de aquella totalidad, no se aloja ningún valor que permita distinguir a los prisioneros, la única distinción se hace con los que no han sido capaces de permanecer. La diferencia es la muerte.

El nazismo se empeña en la destrucción, las víctimas en la existencia, y entre ambos se pierden las historias. Lo que Levi relata es el más rápido o más lento descomponerse de los individuos, pero cuando para alargar la vida se pierde la dignidad y se aprende a negociar con las maldades que se hacen los unos a los otros para esquivar las maldades del campo, a menudo lo que Levi salva para el recuerdo es lo peor que han hecho, tomando nota implacable, inmisericorde, del mal que todos cultivan día a día.

A priori parece quimérico intentar extraer de la totalidad y la sustitución y contra ellas una línea individual para tejer una narración. Cuando la identidad de los individuos desfallece y no pueden ser ya sujetos de una historia, no pueden sostener la narración, hurga Levi en sus ruinas en busca de fragmentos susceptibles de desarrollo y cambio. Cuando los individuos parecen diluirse en el todo, emergen los dolores que viven en los restos de la identidad.

9. KAGER, R. *Herrschaft und Versöhnung*. Frankfurt/Main, Campus Verlag, 1988, p. 103-104.

A quienes reencontramos día tras día en las crónicas de Levi y de quienes observamos su desarrollo, son las heridas, las infecciones, las enfermedades, porque ellas sí continúan transformándose cuando quienes las sufren ya no pueden hacerlo, ellas *sí despliegan su vida* bajo los miserables remedios que pretenden calmarlas. Contra el dolor absoluto, el minimalismo de Levi distingue casi como personalidades las peculiaridades de cientos de dolores diferentes en un horrible redescubrimiento del propio cuerpo; así como cada tipo de cansancio tiene su propio ritmo y permite nuevas vivencias del tiempo, la geografía la determinan las enfermedades contagiosas que reordenan el espacio, y quienes desarrollan su concepción del mundo son el hambre y el frío.

Es en esta efervescente pluralidad donde se dismantelan los individuos, en una nueva economía donde con hambre se puede comprar descanso, o como el mismo Levi se sorprende calculando, es más rentable trabajar peor ahorrando agotamiento aunque se reciban más golpes. Dolores percibidos en todos sus matices, que ganan en personalidad y hacen su historia peleándose por determinar la voluntad, todos ellos compartiendo el espacio de un cuerpo donde evolucionan y se hacen fuertes. Y así, mientras el campo intenta *disolver lo individual en el todo*, Levi lo combate *redescubriendo la pluralidad en cada uno*.

De un modo u otro consigue Levi narrar. Pero recordar es un reconstruir constante. Cuando Levi es liberado y emprende el largo viaje de regreso a casa, experimenta su volver a ser un hombre como un camino agotador y nada gratificante, donde recuperar la identidad pasa por asumir vergüenzas y culpas, donde se horroriza continuamente de él mismo cuando se descubre mirado por otros. Mirar lo que ha sido con ojos de hombre libre para recuperar su historia es haber de traducir lo intraducible.

#### IV

Es obvio que Levi narra *porque sobrevive*. No es ningún historiador que haya escogido su tema, sino un químico a quien convirtió en cronista de Auschwitz la extraña contradicción de lo inapelable de la condena y la serie de imprevistos golpes de suerte por los que fue evitando la muerte que apilaba día a día montones de cadáveres. Levi sabe que no tiene sentido que se haya salvado él y no otro, que nadie lo ha escogido para que viva en un orden donde se decide la muerte de todos, que ninguna voluntad ha puesto la menor intención bajo el hecho desnudo de su supervivencia. Pero no se da cuenta de que, cuando la sentencia recae sobre la totalidad de un pueblo, la única salvación posible llega *como casualidad*, que es la última forma de individualidad que sobrevive en la exacta planificación del exterminio. Si a la muerte necesaria por naturaleza le imponen la necesidad de la condena, algunos sujetos que creen poder establecer su voluntad como necesaria, lo individual se descubre como lo que verdaderamente es: contingencia y casualidad<sup>10</sup>.

10. Tan abrumador como esas contingencias que, acumuladas, permiten a Levi sortear la muerte, es el ínfimo detalle inesperado que determinó el futuro de otro de los grandes narrado-

Es pues desde la casualidad de su supervivencia desde donde Levi construye una narración que recoge a los que van muriendo mientras él se salva.

Levi narra porque sobrevive, es cierto, pero también es cierto a la inversa. Si sobrevive, es porque pasa de vivir y sufrir aquella experiencia a *ponerle límites*. Narrando, Levi abandona la inmediatez, abre la distancia y *se coloca el último*, él cierra aquella realidad y ésta es su victoria sobre los responsables. Ellos la llevaron a la existencia, pero hay una determinación posterior; el triunfo de Levi es que después de los golpes hay algo más. Como tantas religiones han soñado con una vida posterior a ésta, para Levi después del vivir hay el sobrevivir en el texto<sup>11</sup>. Si se limitara a recordar lo sucedido, prolongaría la victoria de quienes forjaron esa realidad, pero en una narración como memoria tiene lugar una transformación que modifica el sentido; él pasa de ser el contenido a ser la forma, que él mismo crea y que es lo que le salva<sup>12</sup>.

Y su victoria no es sólo personal. Contra la esencia del campo, creador de una totalidad idéntica donde ningún valor diferenciaba a los individuos, la narración pone una nueva totalidad que se traga y supera la del campo, y es que *la narración puede acogerlo todo*.

Y esta idea nos devuelve al punto de partida, al terreno de la ética.

## V

De la justicia esperamos por definición que *sea universal*, pero no es tarea sencilla encontrar quien la haga efectiva, quien sea capaz de acoger la universalidad, de pensar la humanidad como un todo que a nadie excluye, sin perderse en la abstracción, atendiendo a la vez a lo más individual y concreto, a lo más pequeño, al detalle y la diferencia.

*La razón* ha sido siempre la responsable, por cuanto ella puede pensar lo universal y a la vez ser crítica. Pero pone la universalidad, dicen los pensadores de la sospecha, al precio del formalismo, desde fuera del tiempo y con el riesgo permanente de convertirse en totalitaria, en dominio de lo natural. Como alternativa, *el sentimiento, la compasión, la simpatía, la mimesis*, permiten identificarse con cualquier criatura, pero no dejan lugar para la distancia y la

---

res de los campos de concentración. En aquel caso no fue fruto del azar, sino el regalo que un desconocido hizo a Jorge Semprún durante su ingreso en Buchenwald, y del que sólo años después descubrió que le había salvado la vida. SEMPRÚN, J. *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets, 1995, p. 100-101 y finalmente p. 317.

11. La idea de sobrevivir en el texto tiene a uno de sus más lúcidos analistas en el autor francés de origen judío Alain Finkielkraut:

FINKIELKRAUT, A. *El judío imaginario*, Barcelona, Anagrama, 1982.

FINKIELKRAUT, A. *La humanidad perdida. Ensayo sobre el siglo XX*, Barcelona, Anagrama, 1998.

12. De todos modos, si estamos dispuestos a continuar la reflexión, más allá nos espera todavía otra pregunta: ¿es posible sobrevivir a la escritura? Eso es precisamente lo que Semprún se plantea:

SEMPRÚN, J. *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets, 1995.



crítica, y por otra parte las despierta sólo lo inmediato. El elemento somático es imprescindible para corregir la razón, pero tal vez no sea aún suficiente.

Así que cabe sopesar si no será tal vez *la memoria* quien puede ayudar a la razón a pensar la justicia, porque es la única que logra acogerlo todo y afirmar así una universalidad con contenido, sin el riesgo de caer en su dominio, y a la vez, manteniendo la distancia y la crítica y la posibilidad de superarlo. Y al conservar presente lo pasado despierta la compasión para con aquéllos que ya no existen, atenuando el dualismo entre lo físico y lo abstracto.

Si es cierto que es la memoria la más apropiada para sostener la razón, sería éste el mejor lugar desde donde comprender a la vez al individuo y al todo, el único que concilia las aspiraciones universales de la justicia con el respeto al individuo. Porque de hecho su mismo origen es ya individual. La memoria no se obtiene desde un sujeto abstracto, sino que emerge de las vivencias de los individuos cuando intentan convertirlas en historias y hunde sus raíces en lo más somático, y sólo desde allí expresa el deseo de una justicia que signifique *no olvidarse de nadie*<sup>13</sup>.

13. Convertido en artículo, este texto que nació como ponencia, finaliza aquí sin ser más que un monólogo de la autora, de modo que aprovecho para recordar y agradecer a los presentes en aquellas jornadas las reflexiones compartidas que generó poner sobre la mesa a un autor tan entrañable y sugerente como Levi. Pero el artículo es también un monólogo por cuanto faltan en él las palabras del mismo Levi. No es un autor del que se puedan citar un par de frases. Su ausencia aquí quiere ser sólo una invitación a su lectura.